

Schreber, o el miedo a la locura

Energía psíquica e individuación

César Mureddu Torres

*Rosa de Guadalupe Romero**

Resumen

Los autores presentan un abordaje, distinto al que presentó Freud en su momento, del padecimiento psicológico del caso del juez Daniel Paul Schreber, quien al mostrar los síntomas de la enfermedad mental que lo aquejaba dio pie a ser recluido en un hospital psiquiátrico. Dicho caso fue propuesto a la consideración de Freud por parte de Jung, lo cual hizo posible que aquél presentara sus reflexiones en torno a la caracterización del narcisismo. Para lograr el abordaje distinto, en este escrito se apunta al concepto junguiano de la enantiodromía y al equilibrio o equilibración de la energía psíquica, como elementos clave del proceso de individuación en el caso concreto del juez Schreber, los cuales hacen posible observar el tipo psicológico predominante en el paciente y el camino posible que siguió la energía de su psique en el intento de reestablecer la salud mental, quebrantada por el predominio de la persona y su rol en el mundo, al plantearle, desde el inconsciente, un modo de vencer la unilateralización psicológica que lo aquejó de manera tan dramática.

Palabras clave: energía psíquica, enantiodromia, equilibrio energético, tipos psicológicos, persona, proceso de individuación, unilateralización psicológica.

Abstract

Daniel Paul Schreber's case is the starting point which Freud used to develop his narcissistic personality study. This writing allowed the authors to essay a

* Profesores-investigadores del Área de Polemología y Hermenéutica del Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco. Fundadores del primer grupo de reflexión junguiana en México reconocido por el presidente de la Asociación Junguiana Internacional con sede en Nueva York, doctor Thomas Kirsch y por el Instituto Jung de Zurich en persona de la doctora Sonia Marjasch.

different approach to it, from the Junguian analytical Psychology, which emphasizes the psychic balance process of the mind, as a different approach to the mental diseases. In the Imperial Judge Schreber's psychological symptoms were applied the following Junguian concepts: Psychological types, person, individuation process and unilateralization in order to develop another possible interpretation in this paradigmatic case.

Key words: psychic energy, enantiodromy, energetic balance, psychological types, person, individuation process and psychological unilateralisation.

El lindero que separa, muchas veces, la salud de la enfermedad mental es tan tenue y socialmente está tan condicionado que puede representar para el ser humano no un enigma, sino una realidad terrífica. Si alguien llegara a ponerse en la disyuntiva de si tiene o no en mano, si cuenta o no con todos los argumentos que le indiquen que goza o no de salud mental, bien puede colocarse en un punto ciego, del cual es casi seguro que no saldrá. Menos aún si las estructuras de atención a la salud mental se anclan y se esfuerzan por sostener un determinado concepto de ese estado de nuestra mente. A continuación trataremos de compartir las reflexiones que nos produjera el proceso terrible a que se vio sometido uno de los primeros “cronistas” del proceso interior de pérdida de contacto con la realidad cotidiana.

El escrito autobiográfico de quien fuera nombrado presidente de la Tercera Sala del Tribunal de Apelación de la ciudad de Dresden en 1893, el doctor en derecho Daniel Paul Schreber, ha sido analizado en todos los sentidos posibles. No era extraño esperar otra cosa al tratarse de una de las publicaciones más controvertidas desde su primera edición, hace ya más de un siglo, y al contener, además, uno de los testimonios escritos que constituye un grito desgarrador de dolor y valentía, a pesar de estar inmerso en el marasmo del delirio y la locura.

Es curioso, entonces que después de tan autorizadas voces y profundos análisis en torno a esta manifestación, como lo indica Roberto Calasso

(2003:7), no se hayan agotado aún las posibilidades de reflexión que brinda. Importa resaltar, por tanto, el valor intrínsecamente humano que esta obra ha tenido, de tal forma que invita a pensar que en ella se expresa algo más que el oscuro mundo delirante con que fue remplazado el *mundo real*, en la fantasía de un enfermo mental. Es muy probable que fuese esa riqueza simbólica la que hizo que Carl G. Jung (1999) en 1907 comentara algo en torno a las Memorias de Schreber, las cuales habían sido publicadas, un año antes, por la misma casa editorial de Oswald Mutze, que publicó en Leipzig, en 1902, el primer libro de Jung en torno a los fenómenos paranormales. Más probable aún es que esa riqueza simbólica, rebelándose a ser constreñida bajo el enfoque de una libido sexual “tan masivamente en primer plano” o a “reconocerle la universalidad psicológica que Freud postula” (Jung, 1999:3-4) (Calasso, 2003:9), como escribía Jung en 1906, lo hayan motivado a presentarle a Freud, a petición del mismo, una multitud de casos de paranoia, con los que tan frecuentemente Jung se ponía en contacto debido a su internado en psiquiatría, llevado a cabo en el hospital de Burghölzli, dirigido en ese entonces por Eugen Bleuler, como aparece en Gerhard Wehr (1985:81-89) y como fue confirmado por el propio Freud en 1911 (2004:55). Es ese el contexto que inclina a Roberto Calasso (2003:13) a decir que quizás en los momentos después de la clausura del Congreso de Nuremberg, a fines de marzo de 1910 le haya sugerido Jung (2002:VI:cita 56) a Freud la lectura de las Memorias de Schreber.

Lo importante para nosotros no radica en establecer quién conoció o leyó primero las Memorias, para ello Calasso ha elaborado un estudio estupendo, al que desde hace algunos años tenemos acceso los lectores de habla hispana. Sin embargo, el que Jung (2000) haya citado la obra del presidente de la Tercera Sala del Juzgado de Apelación, desde 1907 al estudiar la paranoia denominada hasta ese entonces *dementia precox*, nos pone en la ruta de intentar establecer una aproximación a la interpretación que el propio Jung otorgó a uno más de los múltiples casos de esta enfermedad con los que su práctica hospitalaria lo enfrentaba con relativa frecuencia.

Introducción a los instrumentos de análisis

Es el propio Jung y su trabajo tanto psiquiátrico como analítico quien nos proporcionará las herramientas para este intento. Para llevarlo a cabo realizamos primero una búsqueda lo más extensa y exhaustiva posible de lo que se había escrito en torno a las Memorias de Schreber. En esto también coincidimos con que el estudio inicial de los lectores de Schreber, elaborado por Calasso (2003), contiene datos de extraordinario interés. Sin embargo, en la búsqueda bibliográfica que realizamos en torno al análisis o a las lecturas del famoso escrito biográfico de Daniel Paul Schreber, que ahora nos ocupa, no fue la tónica común el encontrar aproximaciones que hayan tomado en cuenta el contexto social, cultural y político en que se desarrolló la vida profesional y el padecimiento mental que en dicha biografía se describe. Freud mismo (2004:34), en 1911 al iniciar su intento de interpretación, alude a dos ángulos desde los cuales se podría emprender el avance. Uno lo atribuye a Jung, justamente en el trabajo sobre *dementia precox*, al que desautoriza diciendo que se establece desde las exteriorizaciones delirantes del propio enfermo y el otro correspondería a aquel que va a esclarecer las ocasiones a raíz de las cuales el enfermo contrajo su enfermedad.

En este aspecto, en establecer las ocasiones que pudieron dar origen a la enfermedad, es donde iniciaremos nuestras reflexiones. En efecto, uno de los puntos de divergencia entre Jung y Freud, respecto al análisis de los sueños, puede servirnos de elemento clave para esclarecer la forma en que vamos a proceder. Efectivamente, la reducción que el método freudiano aplica a la interpretación de los sueños, por vía de la asociación que aleja al soñante del contenido explícito del sueño, hasta ayudarlo a encontrar el núcleo (generalmente neurótico) que el sueño encubría, fue cambiado por Jung. Para el método de la psicología analítica profunda es necesario partir de dos puntos clave, igualmente importantes: por un lado, el contenido explícito del propio sueño, que servirá siempre como punto de referencia al que hay que volver, tanto para el soñante como para el analista y, por otro lado, las condiciones que están rodeando al soñante como elementos fundamentales de su vida cotidiana. Es claro, como lo afirma el propio Jung en la primera sesión del Seminario sobre Sueños (1995:4) que el sueño tiene su propia lógica y no necesari-

riamente responde a los afanes que el soñante está viviendo en la vigilia. Sin embargo, de alguna manera, los implica y los subsume, sobre todo si se tiene en cuenta que no tenemos un sólo tipo de sueño. Jung (1982a:93-149) distingue por lo menos tres. Algo similar puede ser aplicado a la interpretación de las *Memorias*, tomando su contenido de manera similar al contenido de las manifestaciones oníricas. Quizás este haya sido el valor de lo que vio Jung cuando propuso a Freud que leyera este material. El elogio que Freud hace del enfermo en la carta que envía a Karl Abraham el 22 de abril de 1910 es totalmente elocuente, en ella propone que Schreber es “maravilloso”, por ello se va a dedicar a leerlo en su viaje a Italia y, además, “debiera ser nombrado psiquiatra o director de una clínica psiquiátrica” (Calasso, 2003:14).

Siguiendo, entonces, los lineamientos que diera Jung para el análisis del material psíquico, es necesario, primero, comprender la manera en que esta escuela de análisis psicológico profundo describe la estructura psíquica, segundo, la manera en que se establecen las relaciones entre los elementos que la conforman y la forma en que se distribuye la energía psíquica al interior de la estructura.

En efecto, en el contexto junguiano la estructura de la psique que se propone, acepta, en primer lugar, la distinción entre la parte consciente y la parte inconsciente de la misma. Jung (1987:70) asume que el proceso psicológico más importante para la vida y la salud psíquica consiste en aquello que denomina proceso de individuación. Con el cual, entre otras, se denota la forma particular en que entran en relación los distintos factores que componen cada una de esas partes de la estructura, “la individuación procura, precisamente, una cooperación vital de todos los factores”, en virtud de una manera particular en que se expresan cada una de las funciones psicológicas que Jung distingue, así como el modo particular en que está distribuida la energía al interior de la misma estructura, es decir, lo absolutamente intransferible que hace que cada quien sea quien es. En el mismo pasaje del escrito mencionado dice expresamente: “De modo que la individuación sólo puede significar un proceso de evolución psicológica que realiza las determinaciones individuales dadas, o, en otras palabras, constituye al ser humano como ese ente singular que es”.

En este proceso, para Jung la parte consciente de la estructura psíquica está constituida, no únicamente por el yo, en lo que concuerda con otras posiciones, sino que distingue otra parte, llamada por Jung *persona*.¹ En tal sentido, Jung afirma que la persona es

[...] una máscara que finge individualidad, haciendo creer a los demás y a uno mismo que es individual, cuando no constituye sino un papel representado, donde la psique colectiva tiene la palabra [...] En el fondo, la persona no es algo *real*. Constituye un compromiso entre individuo y sociedad acerca de *lo que uno parece*. Uno asume un nombre, adquiere un título, representa una función, es esto o aquello. Lo cual, naturalmente, en cierto sentido es real, pero en relación con la individualidad del sujeto es sólo como una realidad secundaria, una mera configuración de compromiso en que muchas veces participan aún más los otros que uno. La persona es una apariencia; una realidad que podría jocosamente decirse bidimensional (Jung, 1987:50).

Se puede decir que en la primera etapa de la vida el sujeto está dedicado a la construcción de la persona, como aquel elemento de la psique que le permite interactuar con el entorno. De ahí el que sea un compromiso entre el individuo y la sociedad, como anteriormente mencionamos con Jung.

Otra característica de la aproximación junguiana nos hace estar alertas en torno al carácter compensatorio que tienen en el interior de la psique tanto la relación entre los factores que en ella pueden distinguirse, como la distribución que la energía tenga al interior de la estructura. Entre las partes consciente e inconsciente de la psique se establece una relación de compensación, de la que afirma que “los procesos inconscientes compensatorios del yo consciente contienen todos aquellos elementos necesarios para la autorregulación de la psique total” (Jung, 1987:74). En su parecer, la salud mental depende de que este mecanismo de autorregulación funcione. En efecto, en otro momento Jung (1982a:107) se refiere también a “las relaciones compensadoras entre la consciencia y

¹ El sentido de esta palabra está tomado directamente del latín, en su uso original, la máscara del actor, con la cual se lograba aumentar la potencia de la voz.

los complejos autónomos, destacando al mismo tiempo la adecuación entre una y otros”, al funcionar de manera adecuada los mecanismos de compensación, la energía psíquica se reparte de la manera más armónica posible, salvaguardando la salud mental del individuo. Jung se basa en una analogía con la energía física para hacernos entender lo que ocurre en estos movimientos compensatorios:

Como se sabe, la teoría de la energía (física) no sólo opera con un *factor de intensidad*, sino también con un *factor de extensidad*, representando este último un agregado prácticamente necesario del concepto puro de energía. En efecto, gracias a él se vincula el concepto de intensidad pura con el de *cantidad* de energía (por ejemplo cantidad de luz en contraste con intensidad lumínica) [...] Análogamente, existe también un factor de extensidad psicológico que no puede pasar a una nueva formación sin que se transfieran partes o caracteres de la formación original a la cual perteneció. En un trabajo anterior señalamos esta peculiaridad de la transformación de la energía al demostrar que la libido no abandona una formación como si fuera una intensidad pura, pasando íntegramente a otra formación, sino que transfiere características de la vieja función a la nueva (1982a:31-32).

Estos elementos de la psicología analítica profunda no agotan su perspectiva de análisis, ni su enfoque metodológico, son únicamente algunos elementos pertinentes para el análisis del caso que nos ocupa.

Nos detendremos, por tanto, un momento en las condicionantes de la vida cotidiana del doctor Schreber, ya que consideramos que fueron aquellas que intervinieron en la conformación de los elementos clave de su *persona*. El mismo enunciado de esas condicionantes nos permitirán conocer mucho más del sentido que el Juez había dado a su vida, desde antes de presentarse en él los síntomas del primer colapso nervioso.

Para ello, primero se determinarán las condiciones de la región germana en la que nació y vivió Schreber, por considerar que el entorno no únicamente familiar sino histórico y social interviene en la propia vida psíquica de nuestro autor, lo haremos siguiendo en ese sentido una ruta similar a la que Jung establece para determinar el sentido de los sueños (Jung, 1995:3); esas condiciones serán planteadas desde algunos ángulos de interpretación propios de las ciencias sociales, políticas y humanas.

Circunstancias socio-históricas que conformaron la *persona* de Schreber

En la época del nacimiento de Schreber, 25 de julio de 1842 en la ciudad de Leipzig, en toda Europa se constelaban los principales elementos políticos que llevaron al enfrentamiento violento del proletariado contra los gobiernos de las principales naciones de esa región. En efecto, seis años más tarde, en lo que ha sido llamado la Primavera de los Pueblos (Hobsbawn, 1995) (Hobsbawn, 1983:24ss), Europa se verá envuelta durante varios meses, e incluso en algunas partes por lo menos durante varios años, en los disturbios originados por la enérgica protesta del proletariado europeo, que lo llevó al poder de manera efímera en casi todas las naciones constituidas en ese entonces.

En este contexto se inician los primeros años de vida de Daniel Paul. Al cumplir los 19 años, en 1861, muere su padre, el médico Daniel Gottlob Moritz Schreber, y apenas un año antes había ingresado en la escuela de Derecho. Termina sus estudios y, hasta 1870, se dedicará a diversas actividades conectadas con el ejercicio de su profesión, casi de manera privada, una vez que pasó el examen de la barra de abogados de Leipzig. Durante la guerra Franco-Prusiana hace su servicio en la administración de la región de Alsacia/Lorena, que eran parte del conflicto que enfrentó a ambos estados. Con ello Prusia se revelaba ya como la gran potencia que contribuiría a la unificación de la región germana en manos del Kaiser Guillermo II y su primer ministro Otto von Bismark. En ese mismo momento colabora el doctor Schreber con la comisión encargada de producir el nuevo Código Civil para el nuevo y flamante Imperio Alemán (Santner, 1996:1).

Detengámonos por un instante en estos datos. La potencia manifestada por Prusia no era indiferente para los demás antiguos principados germánicos. Al contrario, ya desde antes, tanto Austria-Hungría como Sajonia, entre otras regiones germanas, guardaban cierto recelo del poderío prusiano, el cual se había logrado consolidar en el contexto de la modernidad tanto por la presencia de Guillermo I y II, como, particularmente, por la acción diplomática y la recia personalidad política del primer ministro Bismark. En este contexto de solidez y de aplomo prusianos, Schreber se ve envuelto en las actividades legislativas

que pondrán coto y anularán la posibilidad de cualquier otro intento de revueltas en el territorio alemán unificado. Ejerce, por tanto, la capacidad legislativa de plasmar en las normas el ideal del Estado Prusiano, ahora convertido en el Segundo Reich, heredero y sucesor del esplendor del Sacro Imperio Romano-Germánico, que llega, por primera vez en la modernidad a exigir los derechos de su presencia en el concierto de las naciones de ese entonces. El doctor Daniel Paul Schreber es, por tanto, un jurista al servicio del nuevo Estado alemán. A los intereses de este poderoso colectivo tanto político como cultural y simbólico pone sus capacidades.

En el contexto del análisis de la psicología profunda de Carl G. Jung tratemos de ver qué nos indican estos elementos de la primera etapa de la vida de Schreber. Si aplicamos los puntos clave de la tipología construida por Jung (1985), en la constitución de su *persona* de acuerdo con el tipo psicológico que manifestó en su actuar, al puntualizar qué es lo propio de las dos disposiciones básicas,² por el tipo de hechos que se suceden en el actuar cotidiano del juez Schreber y la respuesta que a ellos les otorga, nos permite suponer que:

- a) Estamos frente a una personalidad clásica de un *tipo psicológico* fundamentalmente *extravertido*, como lo atestigua *su adaptación*³ a las exigencias del tiempo en que le tocó vivir y a las actividades que decide desarrollar al interior del Estado alemán, al escoger una

² Se entiende por disposición en el contexto junguiano a cierto tipo de tendencia “natural”, es decir, una inclinación propia del sujeto, por la cual tiende a dar mayor importancia al dato, según éste venga del interior del propio sujeto, y entonces, tendremos una disposición *intravertida* o del exterior mismo, en cuyo caso tendremos una disposición *extravertida*. Como puede verse, el que una persona sea intra o extravertida depende de su tendencia natural a dar mayor crédito e importancia a un dato según un determinado origen del mismo, lo que permite discernir psicológicamente diversos tipos de carga, de significado, de sentido e incluso de simbolismo, que el sujeto otorga a hechos y situaciones (Jung, 1985:I:11-17).

³ “El proceso de adaptación exige una función consciente dirigida que se caracteriza por su coherencia interna y su unidad lógica. Como ya hemos visto, la direccionalidad de la función tiene que excluir todo lo inoportuno, precisamente para mantener esa dirección. Lo inoportuno queda a merced de la inhibición y, de este modo, se sustrae a la atención” (Jung, 2004:VIII:36).

profesión como la de jurista. Lo que marcarían estos dos rasgos se encuentra en la ruta de una personalidad extremadamente sensible a las exigencias que le plantean las condiciones externas en las que transcurre su vida, lo que es propio de la *disposición extravertida*.

- b) Estamos también frente a una forma psicológica de relacionarse con el medio teniendo en cuenta lo que éste exige: una gran responsabilidad, una extrema capacidad racional para efectuar de manera correcta la relación entre medios y fines, todo ello regulado por un marco jurídico. Implica, además, imaginar las situaciones que habrán de ser reguladas por las normas y las posibles reacciones de los que deberán ajustar a ellas su actuar implica, por tanto, tener en cuenta experiencias, legislaciones previas, máxime cuando se trata de un quehacer jurídico, como el germánico, que fue regido durante mucho tiempo por el derecho consuetudinario. Piénsese en lo que Max Weber decía en torno a la máxima manifestación de racionalidad humana en el caso del Estado (1979), casi como una confirmación de lo que Hegel planteara como manifestación extrema del Espíritu Absoluto a final del siglo XVIII e inicios del XIX (1974).
- c) En este contexto de respuestas de la vida del doctor Schreber a las condiciones de la cotidianidad es donde encuentra plena ubicación el sentido de su propio matrimonio con Sabina Behr en 1878 y su dedicación como director administrativo (*Landgerichtsdirektor*) de la Corte Distrital de Chemnitz. El juez Daniel Paul Schreber se muestra en su actuar como una personalidad psicológica perfectamente amoldada a las exigencias del medio social en que le tocó vivir, o sería mejor decir extremadamente deseosa de recibir el aplauso del exterior por su, también, extremadamente cuidadoso actuar conforme a las exigencias de dicho medio.

Nos encontramos, pues, en el umbral de la primera crisis nerviosa de Schreber, la cual se desatará apenas seis años después de su matrimonio, frente a dos graves frustraciones, el no tener hijos y el haber perdido las elecciones para el Parlamento (*Reichstag*) en 1884.

Sin embargo, antes de analizar con mayor detenimiento el sentido que pudo tener el primer colapso nervioso, como conclusión psicológica de esta primera gran etapa de la vida del presidente de la Tercera Sala de

Apelación, trataremos de delinear el perfil psicológico que emerge de los datos que nos proporciona la misma biografía de nuestro autor. En principio, es posible afirmar que el perfil que muestran las relaciones que tiene para con su entorno inmediato de la vida cotidiana nos permiten pensar en él como una personalidad *racional/sensorial* es decir; una personalidad en la que las funciones del pensamiento abstracto y de la percepción sensorial tienen una gran preponderancia (Jung, 1985:II:85-144), probablemente exigidas por un entorno extremadamente rígido en cuanto a lo que demanda de racionalidad y de advertencia (atención) por parte de sus miembros, sobre todo por aquellos dedicados a las delicadas tareas de administración de la justicia. Además de la preponderancia de las funciones sensoriales y racionales, encontramos también claramente delineada la disposición *extravertida*, con la cual los datos del exterior cobran un significado y una importancia extremas para el juez Schreber, como son los honores, el reconocimiento y la aceptación por parte de los demás.

En resumen estamos, por tanto, frente a una personalidad *racional/sensorial extravertida*, viviendo en un mundo que se mueve precisamente por la eficiencia racional y por la seguridad que otorga la exactitud del dato empírico. No en vano el Siglo de las Luces había entronizado a la razón y a la ciencia experimental como el máximo punto de desarrollo del conocimiento humano, capaz de dirigir la vida tanto en lo individual como en lo colectivo de la mejor manera posible. En este sentido, nos encontraríamos frente a una personalidad altamente funcional, en el contexto de lo que de ella demandaba la extraordinaria racionalidad derivada del destino del Imperio alemán, de la inflexibilidad de las decisiones tomadas y de las estructuras sociales planteadas. Una vez que la razón ha definido el destino y una vez que se han compartido los anhelos de gloria y de éxito que la Nación Germana, a partir de este Segundo Reich, espera encontrar en el concierto de las Naciones civilizadas de la Europa de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, todos sus miembros se verán imbuidos por los mismos elevados ideales.

De ser así, ni lo dicho, hasta ahora, por la tipología junguiana, ni las exigencias de una naciente potencia política y militar serían elementos suficientes para proponer la explicación de un colapso nervioso en una persona altamente cultivada, extraordinariamente funcional y exitosa

en el contexto de los reclamos del exterior. En efecto, una persona que poseyese una disposición extravertida, la razón como función principal y la sensación como función auxiliar estaría armada de la estructura psíquica más acorde con lo que el Reich demandara de ella. Sin embargo, hay otros elementos en el análisis junguiano, cuya aplicación permite ir más allá en el intento de lograr un mejor acercamiento, o una mejor interpretación, de lo que le ocurrió al doctor Schreber, sin necesidad de pasar aún a otro momento de su vida. Comencemos por las consecuencias que resultan de dicha personalidad, cuyas actividades con el exterior muestran a la razón como *función principal* y a la sensación como *función auxiliar*, en el contexto de la vida cotidiana.⁴ Lo primero que es necesario hacer, bajo el enfoque de la psicología analítica profunda, consistiría en establecer otros dos puntos clave. En primer lugar, es necesario reconocer que a toda *función principal* responde una *función negada*; pero, por otro lado, toda *función principal* (Jung, 1992:85-152) ha llegado a ser tal porque ha sido el producto de una *unilateralidad*.

Comencemos por desglosar lo que implica el último de los elementos mencionados: *la unilateralidad*. Este proceso supone que una función psíquica, en este caso el pensamiento abstracto, es decir, la argumentación racional, a la que responden cierto tipo de actividades mentales y a la que siguen, generalmente, las actividades cotidianas, impone sus condiciones por encima de cualquier otra función psicológica posible, en este caso, por encima de las otras dos que no aparecen de manera directa: *el sentimiento y la intuición*. En virtud de dicho proceso el sujeto conscientemente tiende a privilegiar todo aquello que corresponde a la *función principal* y tiende a dar cuenta y rápida respuesta a todo lo que de ella provenga, como demanda, como reproche, como norma o como premio. “De este modo, se cultivan con una unilateralidad consciente aquellas capacidades que prometen utilidad social y se descuidan otras. Así se produce un estado desequilibrado similar al causado por un complejo dominante” (Jung, 2004:VIII:125).

⁴ “Entiendo por función psicológica una actividad psíquica determinada que en circunstancias distintas permanece, en principio, idéntica a sí misma. Considerada energéticamente es la función una forma de apariencia de la libido, que en circunstancias distintas permanece asimismo idéntica de modo semejante a como la fuerza física puede considerarse como la forma de apariencia circunstancial de la energía física” (Jung, 1985:II:236).

Las otras funciones pueden ser o bien *auxiliares*, o bien *negadas*. En el primer caso, tendríamos a la percepción sensorial con relación al proceso del pensamiento. Bajo este supuesto entre ambas funciones no se presentaría conflicto alguno, ya que el contenido sensorial, sus exigencias y sus normas estarían subsumidos por las exigencias de la racionalidad. Por ello, los datos sensoriales no son problema ni implican conflicto para el pensamiento. En efecto, al ser el dato sensorial la materia sobre la que versan las disquisiciones propias del juicio lógico, cuyo valor fundamental consiste en asignar si los datos se apegan o no a los hechos, la conclusión sobre ellos no supone choque alguno para la razón, ya que ella simplemente concluirá juzgando en torno a la verdad o falsedad que los asiste. Con ello, la razón aplica el máximo criterio que rige tanto a las percepciones sensoriales como a la conclusión que sobre ellas se tenga, es decir, el que sean apegadas o no a los hechos que con tales datos se describen. La razón sacia las exigencias de su propio acto declarando la verdad o falsedad de las proposiciones que describen la conexión entre los datos sensoriales, cuando se trata del conocimiento empírico. O bien, cuando declara la verdad o falsedad con que una determinada proposición se deriva, o está implicada en otra sin que en ello se encuentre contradicción alguna, cuando se trata del conocimiento teórico. Sólo la percepción sensorial alterada por algún tipo de agente alucinógeno, sea químico o psíquico, podría hacer entrar en cierto recelo a la razón y sólo en ese caso podría darse que la percepción sensorial resultase incómoda o definitivamente contrapuesta, a las exigencias lógicas de la razón.

Más importante para nuestro análisis es lo que procede de las *funciones negadas*. En este aspecto la experiencia de Jung lo llevó a determinar algunas cuestiones de gran relevancia. En primer lugar, las *funciones negadas* no por ser tales desaparecen; simplemente, o mejor diríamos fatalmente, pasan a operar en el nivel inconsciente del sujeto, con tanta mayor eficacia cuanto que no están sujetas a censura por parte de la conciencia. Ello implica que los conflictos que se deriven de funciones contrapuestas, como puede ocurrir con los productos mentales que proceden de la *función sentimental* con relación a aquellos otros que responden a la *función racional*, o como es el caso de aquellas

otras manifestaciones psicológicas propias de la *función intuitiva*, con relación a las de la *función sensorial*, generarán, desde el inconsciente del sujeto y con gran eficacia, una cantidad no indiferente de gradientes de energía psíquica, los cuales estarán prestos a presentar conflictos, y la manifestación de sus exigencias se revestirá con diversos niveles de posible violencia, la cual tenderá a aumentar cuanto menos atención se haya concedido a tales exigencias.⁵

Como puede verse, estos elementos de la psicología analítica profunda permiten un nuevo acercamiento al fenómeno psicológico cuya traza quedó descrita en la narración de Daniel Paul Schreber. En esta ruta de las *funciones negadas*, como posibles generadoras de conflictos psicológicos, Jung descubrió, además, que suelen generarse condensaciones de energía psíquica en cuyo núcleo es frecuente encontrar trazas de la negación de atención. Por la forma de presentarse, Jung asimiló estas condensaciones en su funcionamiento a los *complejos dominantes*, como anteriormente dijimos, en el estricto sentido en que el propio Jung entendió esta denominación:

[complejo] es la imagen de una condición psíquica determinada, intensamente acentuada desde el punto de vista emocional y que además se revela como incompatible con la habitual condición o actitud consciente. Esta imagen es de una gran homogeneidad interna, tiene su propia totalidad y, al mismo tiempo, dispone de un grado de *autonomía* relativamente elevado, lo que significa que apenas está sometida a las disposiciones de la conciencia y, por lo tanto, se comporta como un *corpus alienum* vivo dentro del espacio de la conciencia (Jung, 2004:VIII:101).

⁵ “En resumen, tanto para el pensamiento como para el sentimiento la función contraria debe ser excluida. Del mismo modo, como hemos visto, la intuición y la sensación se excluyen entre sí. Estas cuatro funciones se oponen, pues, dos a dos. En este esquema el sujeto figura en el centro; es el *yo*, que debemos representarnos dotado de la energía específica llamada voluntad; cada función en particular está dotada también de una parte de energía que le es propia; la distribución de la energía acarrea las variaciones individuales que hemos mencionado” (Jung, 1992:113).

La condensación energética y el diferencial de energía entre las exigencias inconscientes, propias de las funciones negadas y la atención y cuidado que conscientemente se le otorga a la función principal, en algunos casos, como en el que nos ocupa, puede ser de tal índole que conduzca a un resultado psicológico adverso para el precario equilibrio que una personalidad fuertemente unilateralizada había logrado. Sin embargo, bien pudiera ser que, para un lector crítico, las condiciones propuestas todavía no resultasen lo suficientemente fuertes como para hacer entendible el episodio que aquejó al doctor Schreber en 1884, y menos aún el paroxismo delirante posterior.

A este respecto podemos decir que la psicología analítica profunda posee otros recursos generados a partir del abundante material empírico reunido por la práctica hospitalaria de Jung. Sin embargo, su exposición, así como su recta comprensión y su adecuada aplicación requieren ser desglosados parte por parte.

Por un lado tenemos que Jung descubre que en el proceso de la vida humana existe una *inflexión*, es decir, existe como un punto de quiebre, a partir del cual pueden ser identificados procesos psicológicos de muy distinta índole antes y después de que tal inflexión acontezca (Jung, 2004:VII:387ss). Ese momento suele coincidir con lo que se ha dado en llamar *crisis de la mediana edad*, esto es cuando el ser humano siente haber llegado más o menos a la mitad de su vida. Tal es el sentido de los primeros versos de la *Divina Comedia*:

*Nel mezzo del cammin di nostra vita / mi ritrovai per una selva oscura /
che la diritta via era smarritta* (Alighieri, 1997; Canto Primo).

Obviamente el momento en que se percibe de esta manera el sujeto ha cambiado de tiempo en tiempo y su mutación ha estado en relación directa con la esperanza normal de vida. Ese es el momento, la mitad de la vida, que de muchas maneras ha sido caracterizada y que corresponde normalmente a algún punto ubicado en el periodo que va de los 35 a los 45 años de edad, con una precisión mayor o menor a uno o dos años. Este punto de inflexión es de suma importancia en el análisis psicológico del sentido de la vida, en el marco del enfoque junguiano. De tal forma Jung le concedió a ese momento privilegiado

una atención especial, que no dudó en acuñar un término para designar el particular y significativo sentido psicológico del proceso que inicia con tal punto de quiebre. Nos estamos refiriendo a la *enantiodromía*. Pareciera ser que en el ánimo de Jung no estuvo el entablar la discusión para determinar qué ocurre primero en la vida, si la inflexión o la enantiodromía, lo que sí parece perfectamente claro es que van juntas y, probablemente, una anuncia el inicio de la otra, como *psicopompo*, que es la forma en que Jung se expresa en torno a lo que en el acontecer humano conlleva un profundo sentido psicológico.

En tal caso, si aceptamos que el primer episodio, psicológicamente remarcable en la vida del doctor Schreber, acontece al cumplir los 42 años y esta edad coincide con el momento de cruzar el umbral hacia la segunda mitad de su vida, podríamos afirmar con Jung, que nos estamos enfrentando, probablemente a un primer reclamo profundo de las funciones psicológicas que la vida cotidiana y el rédito social hicieron pasar al nivel inconsciente de la estructura psíquica del presidente de la Tercera Sala de Apelación, durante la primera mitad de su vida; nos estamos refiriendo a las dos funciones que, en su caso, fueron negadas: *la intuición y el sentimiento*. Pero veamos más a fondo en qué consiste la *enantiodromía*⁶ y cuál puede ser el resultado de aplicarla en este intento de encontrar el sentido psicológico del primer enfrentamiento con este proceso, que se anuncia en la vida del doctor Schreber durante el otoño de 1884 (Schreber, 2003:72), después de perder las elecciones al Parlamento, frente al socialista Bruno Geister (Santner, 1996:3).

Procedamos, entonces, a su aplicación. Si seguimos el hilo del análisis realizado hasta el momento, quiere decir que el doctor Daniel Paul

⁶ “Uso yo el término enantiodromía para caracterizar la aparición del contraste inconsciente y ello en la sucesión temporal. Este fenómeno característico suele observarse allí donde en la vida consciente impera una dirección parcial extremada, de modo que con el tiempo llega a constituirse una posición contraria inconsciente que se manifiesta por de pronto como impedimento del rendimiento consciente y más tarde como interrupción de la dirección consciente. Claro ejemplo de enantiodromía es la psicología de San Pablo y su conversión al cristianismo, así como la historia de la conversión de Raymundo Lullio, la identificación con Cristo de Nietzsche enfermo, su glorificación de Wagner y su posterior hostilidad contra Wagner, la metamorfosis de Swedenborg de sabio en vidente, etcétera” (Jung, 1985:II: 224).

Schreber durante los primeros 42 años de su vida estuvo total, plena y conscientemente dedicado (unilateralizado) a la atención que le exigía un entorno altamente especializado, extremadamente racional, con datos empíricos cuyo manejo le exigía ejercer una gran precisión, a través de todo lo cual su persona recibió de dicho entorno honores, gratificaciones, aceptación y reconocimiento, es decir, todo ello le dio la oportunidad de otorgar él mismo un sentido altamente satisfactorio a su vida, sin reparar en la rigidización que tal proceso implicaba. Sólo un manchón aparece por ahí, sin que en virtud de él se haya desencadenado evento psicológico alguno, hasta el momento, la imposibilidad de tener hijos, pero cuyo reclamo posterior, como lo veremos más adelante está implicando ya el atisbo del cobro procedente de la frustración por parte de las funciones negadas, por lo menos por parte del sentimiento.

El sentido del primer colapso nervioso debe ser ubicado ahí, en el medio de la imposibilidad de negar un dato extremadamente claro que procede del exterior, de ese entorno cotidiano y hasta ese momento gratificante, el cual, al no otorgar lo que naturalmente se podía esperar, dado el esfuerzo y la dedicación que en ello se había empeñado, prepara el camino para la protesta, ya no sorda o incomodante, ni onírica, sino directa, exigente, innegable.⁷ El dato más claro que aparece en este primer aviso enantiométrico consiste en la hipocondría (Schreber, 2003:73).

Sabemos, pues, por el propio testimonio del autor de las Memorias, que fue un ataque severo de esta manifestación, aunque, según su propio decir, “la primera enfermedad transcurrió sin ninguna complicación que rozara el ámbito de lo sobrenatural” (Schreber, 2003:72-73), lo que lo llevó hasta la Clínica de Enfermedades Mentales anexa a la Universidad de Leipzig, bajo el cuidado del doctor Paul Emil Flechsig. El que se presente la hipocondria es un dato revelador de que Schreber se encontraba en el punto de inflexión de la vida. Sin embargo, sus éxitos

⁷ “El proceso de fosilización del varón se rodea, en consecuencia de caprichos, susceptibilidades ridículas, sentimientos de desconfianza y resentimientos con que se pretende justificar el enrigidamiento. Un caso patológico que demuestra brillantemente este último proceso psicológico es el de Schreber, descrito en sus Memorias” (Jung, 1982b:309).

profesionales impidieron que dedicara más atención al posible sentido de su malestar nervioso.⁸

Hasta este punto de nuestro análisis se podría decir que el panorama se presentaba con un pronóstico todavía favorable, dado que el punto de inflexión de la vida y el inicial proceso de enantiodromía señalaban lo que debía ser tenido en cuenta por la conciencia. El problema se complica por dos motivos:

- En primer lugar porque la psiquiatría de la época, y particularmente la que ejercía el doctor Flechsig (1882), estaba comprometida con una hipótesis de trabajo extremadamente ligada a la fisiología, hasta la búsqueda de un paralelismo psicofísico, como aparece en las reflexiones de Friedrich Kittler (1990:295-297).
- Por otro, el que Schreber no se detuviera a considerar el sentido psicológico de lo ocurrido, como aparece al decirnos que después de este primer evento, pasaron ocho años que, en conjunto, fueron muy felices en compañía de su mujer, recibiendo, incluso gran reconocimiento y honores, pero empañados por la ausencia de hijos (2003:73-74).

Esta última afirmación en torno a los ocho años que mediaron entre la curación de la primera manifestación del reclamo psicológico y la segunda ocurrida en 1893, nos permite constatar que los réditos sociales siguen siendo el eje principal de las preocupaciones conscientes y cotidianas de la vida de Schreber, después de haber recibido ese primer anuncio de la parte inconsciente de su propia psique.

⁸ “La persona entrada en años debería saber que su vida no asciende ni se ensancha, sino que un inexorable proceso interno obliga forzosamente a su estrechamiento. Para el joven es casi un pecado o un peligro ocuparse demasiado de sí mismo, mientras que para la persona entrada en años es un deber y una necesidad dedicar mucha atención a uno mismo [...] En lugar de hacer eso, muchos viejos optan por volverse hipocondríacos, avaros, doctrinarios y *laudatores temporis acti*, o incluso eternamente jóvenes, lo cual constituye un lamentable sucedáneo de la atención a uno mismo, tanto como la fatal consecuencia de creer que la segunda mitad de la vida ha de regirse por los mismos principios que la primera” (Jung, 2004:VIII:398).

Ante tales circunstancias, nos queda únicamente preguntarnos: cuando las *funciones negadas*, en este caso *la intuición y el sentimiento*, que quedaron en la oscuridad del inconsciente del juez, durante la primera parte de su vida, al momento en que la inflexión de la misma anuncia que las directrices que dieron sentido a esa primera etapa ya no satisfacen su interior y los eufemismos con que se revistieron ya no producen el aquietamiento de la conciencia ¿qué puede ocurrir si no reciben la atención y el cuidado que requieren?

Es en este momento cuando las funciones negadas pueden pasar a ser los nucleadores de un complejo dominante, imposible de negar, que podría estar latente bajo la superficie de la conciencia del doctor Schreber, al padecer este primer aviso y cuya irrupción podría llegar a romper el equilibrio de la estructura psíquica comandada por el yo.⁹

Derrumbe de la actitud consciente

Con estas palabras tan dramáticas inicia Jung el tratado en torno a la restauración regresiva de la *persona*. El hecho de haber titulado de esta forma uno de los puntos más estrujantes en la vida psíquica, nos indica que cuando se interrumpe el proceso de individuación y se niegan, se desconocen o se desprecian las exigencias de las partes descuidadas anteriormente, la reinstalación de la *persona*, aun de manera regresiva sería una de las posibilidades que todavía se podrían lograr en el curso de la terapia analítica.

⁹ “La tendencia a irrealizar [a no aceptar como entidades realmente existentes en la psique] los complejos mediante la asimilación no demuestra su nimiedad, sino todo lo contrario: su importancia. Los complejos son objetos de la experiencia interna y no pueden ser sorprendidos a la luz del día por calles o plazas públicas. De los complejos dependen las vicisitudes de la vida personal; son los lares y penates que nos esperan en la intimidad del hogar, cuya paz se ensalza peligrosamente a gritos, y son la *gente folk*, que se presenta por las noches molestando. Sin embargo, mientras el mal sólo afecta a otros, no vale nada; pero cuando nos importuna a nosotros [...] Hace falta ser médico para saber qué animales tan cruelmente dañinos pueden ser los complejos. Hay que haber visto cómo en el curso de unos años, destruyen física y moralmente a familias enteras, sembrando en ellas la tragedia y la miseria más desoladora, para hacerse una idea de la realidad de un complejo” (Jung, 2004:VIII:105).

El derrumbe de la actitud consciente no es algo insignificante. Constituye siempre una destrucción en pequeño del mundo, en que todo retorna al caos original. Uno se siente abandonado, desorientado, un barco a la deriva entregado a los caprichos de los elementos. Tal le parece a uno, por lo menos. Pero en realidad ha recaído en el inconsciente colectivo, que en adelante asume la dirección [...] Pero si los contenidos del inconsciente entran en la conciencia y la llenan con su casi demoníaca fuerza de convicción, se plantea la cuestión de cómo reaccionará el individuo. ¿Será dominado por esos contenidos?, ¿o simplemente creará en ellos?, ¿o los rechazará? (dejo aquí fuera de consideración el caso ideal: la comprensión crítica). La primera posibilidad significa paranoia o esquizofrenia. La segunda lleva a una excentricidad con aires proféticos o a un infantilismo que se escinde empero de la comunidad cultural. La tercera sería la restauración regresiva de la *persona* (Jung, 1987:57-58).

Esta última alternativa no logra que el sujeto asuma los nuevos retos del proceso de individuación, sin embargo le permite seguir funcionando en la vida cotidiana.

Dado que la biografía de Schreber nos relata lo ocurrido con el segundo episodio ocho años después, eso quiere decir que, en su caso, no fue suficiente la restauración regresiva de la *persona* para detener el aumento y condensación energéticos que estaban en la base del primer anuncio, dado que continuó en la búsqueda de las exigencias de la función *principal*. Quedaría ahora únicamente por describir el tipo de complejo que pudiera estar latente en el primer anuncio, que, sin embargo, ya está también prefigurando el peligro en el que transitaba la vida cotidiana consciente de nuestro autor. Una pauta para poder establecer el tipo de complejo sería detenernos brevemente en la descripción del punto en que se encontraba el proceso de la energía psíquica del doctor Schreber cuando recibió ese primer aviso. Para ello, vienen a nuestro encuentro otros elementos de la psicología analítica profunda en el punto de reunión de la *inflexión de la vida*, con la *enantiodromía*, como el anuncio de un proceso nuevo, que requeriría de toda la atención, respeto y dedicación por parte de la estructura consciente de la psique y cuyo descuido podría acarrear graves

consecuencias, nos encontramos con lo ya propuesto por Jung, denominado por él *proceso de individuación*.¹⁰

Podríamos añadir que si el doctor Schreber se encontraba en tan delicada situación mental –cuyos síntomas anunciaban cambios profundísimos en los principios rectores de dirección y significado que habían conducido su vida hasta ese momento, y no le fue posible asignar a ellos el sentido profundo que incluían–, quizás fue porque era víctima de las condiciones que regían a la psiquiatría de su época, condenándole, como él mismo declaró, a vivir en condiciones de dolor y de desdicha.¹¹ Algunos llegan a afirmar que todo lo que en el texto de Schreber se refiere a Dios, no es otra cosa que un clamor de impotencia frente a las atrocidades que la medicina psiquiátrica de Flechsig cometió contra él.¹²

Si los síntomas que presentó el primer colapso no fueron entendidos ni por el paciente ni por el médico tratante, sin menoscabo de la gratitud que el paciente mostró hacia el doctor Flechsig en tal ocasión, volverían a presentarse con una fuerza arrolladora tal que hará estallar el mundo simbólico interno del doctor Schreber, haciendo imposible su vida cotidiana en el contexto social y familiar, hasta ese momento cultivado. La ocasión se presentará cuando vuelvan a aparecer los síntomas del estrés nervioso, atribuido por el mismo autor a un exceso de trabajo,¹³

¹⁰ “La victoria del héroe sobre la ‘madre’ y sus representantes demoníacos (dragón, etcétera), es siempre provisional. Lo que para el hombre joven equivale a una regresión –la feminización en el varón (identidad parcial con la madre) y la masculinización de la mujer (identidad parcial con el padre)– adquiere otro sentido en la segunda mitad de la vida. La asimilación de la tendencia del sexo opuesto se convierte en un problema que hay que resolver a fin de mantener en progresión la libido. El problema consiste en la integración de lo inconsciente, esto es, en la agregación de ‘consciente’ e ‘inconsciente’. He llamado a este proceso, *proceso de individuación*” (Jung, 1982b:310).

¹¹ “Algunos hombres han sido muy desdichados; yo mismo, me atrevo a decirlo, he vivido años horribles y he cursado una amarga escuela de dolor” (Schreber, 2003:70).

¹² “Schreber’s language, the language spoken by his over excited nerves, is the language of the experimental neurologist Flechsig”: “Flechsig’s message of the death of man, more hidden than Nietzsche’s has not reached the exegetes. Again and again the attempt is made to explain the second industrial revolution by the first [...] Beyond mechanical head bandages Schreber’s paranoia followed the lead of an insane neurologist” (Kittler, 1990:296-297).

¹³ “En ocasión de la desacostumbrada carga de trabajo que encontré al asumir el cargo de presidente de Sala que acababa de transferírseme en el Tribunal Supremo de la Provincia de Dresde” (Schreber, 2003:72).

a mediados de noviembre de 1893. La efervescencia interior de la energía psíquica del doctor Schreber, mantenida bajo control de la conciencia por el exceso de trabajo,¹⁴ generará en él, dada su predisposición psicótica, una fascinante influencia de los arquetipos, que, “en virtud de su numinosidad natural, poseen una cierta autonomía”, y que, por tanto, “se liberasen del control de la conciencia logrando una independencia, generando así los fenómenos obsesivos. En caso de obsesión de *ánima*, el enfermo, por ejemplo, se quiere transformar mediante autocastración en una mujer llamada María, o teme que le hagan tal cosa empleando la fuerza. Un ejemplo de esto es el conocido Schreber” (Jung, 2002:IX:38-39).

Nos encontramos, entonces, frente a un complejo de *ánima*, que anunciaba una trayectoria completamente distinta en el fluir de la energía psíquica del presidente de la Sala de Apelación, por la cual deberían prepararse los caminos de un reencuentro con su propio interior, revalorando todo aquello que la vida cotidiana, por sus preocupaciones conscientes, había condenado al olvido. Esta exigencia hará estallar toda la personalidad en una multitud de elementos simbólicos que ocuparán todo el espacio interior. Una irrupción de lo inconsciente, una absorción de la conciencia, una caída del yo a lo inconsciente colectivo imposibilitarán cualquier tipo de relación cotidiana con todo aquello que daba sentido al vivir. Conforme dijimos, se estaría por iniciar el proceso de individuación que correspondía a la forma específica en que se había

¹⁴ “El primero de octubre de 1893 asumí mi nuevo cargo de presidente de Sala en el Tribunal Superior Provincial de Dresde. La carga de trabajo con que me encontré al llegar era, según ya comenté, extraordinariamente grande. A ello se sumó *el afán, que de mi parte estaba inspirado por la ambición*, pero que también era en sí mismo conveniente para los intereses de la función, *de conquistar* desde el primer momento, mediante la incuestionable eficacia de mis actuaciones, *el indispensable prestigio* ante mis colegas y los otros sectores interesados (abogados, etcétera). Esta tarea era tanto más difícil e imponía exigencias tanto más grandes en lo referente al tacto en las relaciones personales cuanto que los otros miembros del colegio (integrado por cinco jueces), cuya presidencia tenía yo que desempeñar me superaban casi todos mucho en edad (hasta veinte años) y estaban más familiarizados con la práctica del Tribunal, al menos bajo ciertos aspectos, y yo entraba en él por primera vez. Así fue como ya a las pocas semanas quedé espiritualmente agotado (Schreber, 2003:74-75) (las cursivas son nuestras).

presentado la energía psíquica del doctor Schreber. Dicho proceso exigiría de parte de él utilizar toda su intencionalidad para emprender tan difícil camino, que ya Dante había designado, como la Selva, en donde la vía, el camino real para el desarrollo interior, había perdido su huella. El complejo de ánima que anuncia este comienzo está, en cierta forma cuando se trata de un varón, relacionado con el complejo materno.

Sin embargo, en el caso del varón, este complejo no es puro por haber desigualdad de sexos. Esa disparidad es la razón por la que en cada complejo materno masculino, junto al arquetipo de la madre, juega un papel relevante el de la pareja sexual, es decir, el arquetipo del ánima (Jung, 2002:IX:82).

[En el caso del proceso de individuación], el símbolo de la madre ya no se refiere retrospectivamente a los comienzos, sino a lo inconsciente como matriz creadora del futuro. El *penetrar en la madre* significa entonces: establecer una relación entre el yo y lo inconsciente. Es lo que seguramente quieren decir los versos de Nietzsche:

*¿Por qué te has encerrado en el Paraíso de la vieja serpiente?
¿por qué te metiste dentro de tí mismo?...
Un enfermo eres hoy, que la ponzoña de la serpiente* envenenó tu sangre.
Un prisionero que escogió la suerte más cruel
Y más dura trabajando en su propia fosa,
Emparedado por sus propios límites,
Queriendo derribar sus propios muros con golpes de piqueta,
Inhábil, rígido, cadavérico, en fin, entre cien fardos
Que acumulaste sobre tí, tú, el sabio Zaratustra,
El conocedor de sí mismo*

* Jung recuerda en este punto el caso de Schreber, cuando en la nota 58 al pie de página refiere: "Schreber es infectado por 'veneno de cadáver'; se comete en él un crimen anímico (almicidio)" (1982b:311).

Conclusiones

El instrumental proporcionado por la psicología analítica profunda de Carl Gustav Jung nos ha permitido reconstruir un posible sendero de comprensión de lo que pudo haberle sucedido al doctor Daniel Paul Schreber, al recibir la encomienda de presidir la Tercera Sala de Apelación del Tribunal Superior del Distrito de la Ciudad de Dresde. Los datos que nos aporta en sus *Memorias* permiten no únicamente reconstruir la extraordinaria, florida y simbólica cosmovisión que generó en él la irrupción súbita de los contenidos de lo inconsciente, sobre todo de lo inconsciente colectivo. De esta forma, podríamos resumir lo que se acaba de exponer mediante varios puntos importantes, que hacen ver con relativa claridad la diferente valoración que a este caso puede atribuírsele, según el tipo de enfoque y de instrumentos que se utilicen.

Por nuestra parte, podemos afirmar que:

- a) al tener en cuenta el influjo directo que tienen las condiciones sociales, culturales, políticas, en suma, históricas, sobre la distribución energética de la estructura psíquica de una persona;
- b) al partir de una tipología psicológica que nos permite descubrir la preponderancia que tuvieron en la vida del doctor Schreber las condiciones provenientes de la vida consciente y cotidiana;
- c) al descubrir la enorme carga que conscientemente otorgó a aquellas actividades ligadas a la *sensación* y al *pensamiento abstracto racional*, requeridas por su entorno social y el éxito y reconocimiento que de él se esperaba, con total desconocimiento de las exigencias que, en su caso, provenían de las *funciones negadas del sentimiento y la intuición*;
- d) al considerar el tiempo y las circunstancias en que acontecieron los dos colapsos mentales narrados por el propio paciente en sus *Memorias*;
- e) el tener en cuenta la forma en que fue concebido el tratamiento de la enfermedad que padeció el doctor Schreber, por parte de la psiquiatría de su época;

f) por último, la incomprensión que tuvieron tanto su médico tratante como el propio paciente del proceso psicológico en que se encontraba, todo ello nos permite concluir que no había modo alguno para que una persona dotada de una capacidad intelectual media, pudiera salir del marasmo en que se encontró sumergido el presidente de la Tercera Sala de Apelación del Tribunal Superior Distrital de la Ciudad de Dresde.

Si el doctor Daniel Paul Schreber pudo dejarnos su testimonio es por tratarse de una mente de enorme inteligencia, extraordinariamente rigidizada en los procesos racionales, con lo que pudo también hacernos saber el “régimen” de excepción en que se vio envuelto (Schreber, 2003:211), con lo cual se prueba que tenía perfecta noción de lo que ocurría a su derredor y que no perdió totalmente la función de realidad. Pero también nos dejó en claro que la fuerza de los contenidos inconscientes, una vez que irrumpen en el ámbito de la conciencia, en virtud de una inadecuada atención, o una clara desatención de los reclamos de un proceso de crecimiento interior, llamado por Jung proceso de individuación, que mínimamente requería una reconsideración de lo que hasta ese momento había dado sentido a la vida, es decir, que estaba siendo sometido a una enantiodromía al momento de presentarse la inflexión de su vida.

Todo lo anterior, siguiendo a Jung, nos permite concluir que en el caso del doctor Schreber, al no haber analizado críticamente, ni haber comprendido el sentido de lo que le exigía la enantiodromía, como inicio de su proceso de individuación, en el que debiera darse, como diría Jung, la agregación de consciente a inconsciente, lo lleva a actuar directamente su transformación en mujer, mediante una serie de mecanismos proporcionados por elementos simbólicos diversos, tanto de su historia personal, como del inconsciente colectivo. Todos ellos llegaron a configurar un auténtico mundo privado. A tal grado que las exigencias internas del sentimiento y la intuición lo llevan a decir lo siguiente:

A partir de entonces tomé con plena conciencia como bandera ejercitar la feminidad y lo seguiré haciendo, en la medida en que lo permite

el respeto a quienes me rodean, piensen de mí lo que quieran otros hombres para quienes están ocultas las razones sobrenaturales. Quisiera ver a un hombre que, puesto ante la opción de convertirse en un hombre idiota con porte masculino o en una mujer de gran cultura, no elegiría esto último. La práctica de mi profesión anterior, a la que yo estaba apegado con toda mi alma; cualquier otro objetivo del orgullo masculino; cualquier otro empleo de mis fuerzas intelectuales al servicio de la humanidad me están cerrados, debido al giro que han tomado los acontecimientos; hasta el trato con mi mujer y con mis parientes me ha sido limitado a visitas aisladas y a una correspondencia ocasional. Sin preocuparme del juicio de otras personas, tengo que dejarme guiar exclusivamente por un sano egoísmo, y éste me prescribe el ejercicio de la feminidad en la forma que describiré con más detenimiento. Sólo de esa manera logro durante el día estados corporales soportables, y de noche –por lo menos en cierta medida– el sueño necesario para el reposo de mis nervios, porque en el sueño –quizás este hecho es conocido también para la ciencia médica– es donde finalmente llega un alto grado de voluptuosidad (Schreber, 2003:193-194).

Nos encontramos frente a una dramática confesión de quien no dudó en actuar el complejo de ánima que lo poseyó, con su terrífica numinosidad, propia de los contenidos del inconsciente colectivo y de los arquetipos y al que atribuyó toda la verdad y guía propia de las *razones sobrenaturales*. Por tanto toda su realidad fue sumergida en ese reservorio arcáico y terrible hasta hacerle decir las palabra que hemos reproducido.

Qué diferente destino, psíquica y vitalmente hablando, fue el de otro paciente psiquiátrico, en este caso de sexo femenino, que ingresa al Hospital de Burghölzli en el cantón de Zurich el 17 de agosto de 1904, apenas un año después de publicadas las Memorias de Daniel Paul Schreber. Nos referimos al caso Spielrein, referido por Jung en su libro *Dementia Praecox*, publicado en 1907, la cual es dada de alta en 1905, inscrita en la Facultad de Medicina el mismo año y se titula como médico en 1911. Ya para 1912 se encuentran sus cartas dirigidas tanto a Jung como a Freud, y ha pasado a ser una de las más grandes contribuyentes iniciales al proceso analítico, hasta su dramática muerte

en 1941. Estamos hablando de Sabina Spielrein, tratada por Jung durante 1904-1905 (1946:15-42).

Según Jung, por tanto, el doctor Schreber:

Fue un caso de paranoia esquizofrénica lo que lo indujo (a Freud) [sigue un pasaje de la obra de este autor correspondiente al tomo XII, pp.68-69] [...] En el pasaje que acabo de citar, Freud aborda la cuestión de si la notoria pérdida de la realidad en la paranoia (y en la esquizofrenia) [*en la cita 6 del capítulo II se aclara el diagnóstico de Jung cuando dice, nota: El caso Schreber, de que aquí se trata, no es una paranoia pura*] sobre la cual llamé ya la atención en mi “Psicología de la Dementia Praecox”, ha de atribuirse a la retracción del estado libidinal, o bien si éste coincide con el llamado interés objetivo en general, o que la normal *fonction du réel* (Janet) se mantenga sólo mediante cargas suplementarias, es decir, por el interés erótico (1982b:145-146).

Como conclusión de nuestra contribución podríamos remitirnos al título que enmarcó nuestras reflexiones. Si se acepta el carácter compensatorio que Jung atribuye a todos los procesos psíquicos, entendidos como aquellos transcurso que se establecen en virtud de una distribución armónica de la energía psíquica en la estructura total de la psique, entonces tenemos que, cuando se bloquea ese flujo compensatorio de la energética psíquica entre los factores que están interviniendo y si, además, el momento en que esto ocurre requiere del sujeto una atención particular sobre su propio interior (como es el caso del proceso enantiodrómico que anuncia una fase particular del proceso de individuación) y dicha atención y dedicación no ocurren, entonces la condensación energética, puede hacer que el paciente llegue, como en este caso, a vivir el complejo dominante, que hará estallar toda la estructura consciente del sujeto, frente a su propio estupor y sorpresa produciendo lo que tanto y por tanto tiempo temió. Por ocasiones como ésta Jung no dudó en asemejar el proceso psicológico de la individuación con el proceso alquímico. En efecto, en éste, como en aquél, un mal manejo de la energía involucrada puede hacer estallar hornos y retortas (Jung, 2005:XII), frente a la mirada impotente del alquimista.

Bibliografía

- Dante, Alighieri (1997), *Divina Commedia*, Canto Primo, Rizzoli Editori, Milano.
- Burghölzli Hospital (1946), “Records of Sabina Spielrein”, *Journal of Analytical Psychology*, 46 (1) pp. 15-42.
- Calasso, Roberto (2003), “Nota sobre los lectores de Schreber”, en *Daniel Paul Schreber, Memorias de un enfermo de nervios*, Sexto Piso, México.
- (2003a), *El loco impuro*, Sexto Piso, México.
- Hegel, G.W.F. (1974), *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Juan Pablos, México.
- Hobsbawm, Eric (1995), *The Age of Revolutions, 1789-1848*, Orion Publishers, Co., Guy Palmade.
- (1983), “La época burguesa”, en *Historia Universal Siglo XXI*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- Jung, Carl G. (1982a), *Energética psíquica y esencia del sueño*, Paidós, Barcelona.
- (1982b), *Transformaciones y símbolos de la libido*, Paidós, Buenos Aires.
- (1985), *Tipos psicológicos*, Sudamericana, Buenos Aires.
- (1987), *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*, Paidós, Buenos Aires.
- (1992), *Los complejos y el inconsciente*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1995), *Dream Analysis, Notes of the Seminar given in 1928-1930*, William McGuire (ed.), Routledge and Kegan Paul, Londres.
- (1999), “Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos”, *Obras completas*, vol. I, *Estudios psiquiátricos*, Trotta, Madrid.
- (2000), “Sobre la psicología de la demencia precoz: un ensayo”, *Obras completas*, vol. III, *Psicogénesis de las enfermedades mentales*, Trotta, Madrid.
- (2002), “Arquetipos e inconsciente colectivo”, *Obras completas*, vol. IX, Trotta, Madrid.
- (2004), “La dinámica de lo inconsciente”, *Obras completas*, Trotta, Madrid.

- (2005), “Psicología y alquimia”, *Obras completas*, vol. XII, Trotta, Madrid.
- Kittler, Friedrich (1990), *Discourse Networks 1800/1900*, traducción de Michael Metteer y Chris Cullens, Stanford University Press.
- Flehsig, Paul Emil (1882), *The physical bases of mental disturbances*, Inaugural Lecture at the Leipzig University, marzo, 4 (véase la obra de Flehsig titulada *Gehirn und Seele (Alma y cerebro)*, Leipzig, Veit und Com., 1896.
- Freud, Sigmund (2004), “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) descrito autobiográficamente”, en *Obras completas*, vol. XII, Amorrortu, Buenos Aires.
- Santner, Eric L. (1996), *My own private Germany: Daniel Paul Schreber's Secret History of Modernity*, Princeton University Press, Princeton.
- Schreber, Daniel Paul (2003), *Memorias de un enfermo de los nervios*, Sexto Piso, México.
- Weber, Max (1979), *Economía y sociedad*, FCE, México.
- Wehr, Gerhard (1985), *Carl Gustav Jung. Su vida, su obra, su influencia*, Paidós, Barcelona.